

LLAMADOS A PARTIR DE NUEVO CON ALEGRÍA

En camino con la Iglesia para los jóvenes según el espíritu de Don Bosco

Os agradezco a todos vosotros vuestra presencia y vuestra disponibilidad para escuchar. Estoy muy contento y me siento honrado de estar aquí con vosotros para compartir el camino del Sínodo. Como primer acto, pido excusas por mi pronunciación inadecuada de la lengua española.

Soy salesiano y me alegro de serlo. He interpretado mi participación en el Sínodo no sólo como un regalo para mí, sino también para toda la Familia Salesiana del mundo. Para todos vosotros. Lo leo como un gesto de confianza y amistad del Santo Padre hacia todos nosotros. Sobre todo la amistad y la confianza enraizadas en Don Bosco. El Papa está muy cerca de Don Bosco y de nuestra espiritualidad.

Me imagino, de hecho estoy convencido, que Don Bosco está feliz con este Sínodo. El domingo veintiocho de octubre, durante la celebración de clausura en la Basílica de San Pedro, desde el altar mayor miré varias veces la estatua de Don Bosco. Muchas veces me conmovió pensar en él, en su inmenso esfuerzo por ser fiel a Dios, en su pasión por todos los jóvenes, en su coraje apostólico sin fronteras y en esa capacidad para involucrar a muchos. Don Bosco debe estar feliz porque la Iglesia ha demostrado tener en su corazón a los jóvenes, la razón de ser de la vida y de la misión salesiana. Don Bosco está feliz porque algunos de sus Hijos espirituales, en nombre de todos, han contribuido a este proceso.

Algunas indicaciones iniciales

En el Sínodo éramos dieciocho miembros de la Familia Salesiana: doce Cardenales y Obispos, cuatro sacerdotes y dos Hijas de María Auxiliadora. ¡Nuestra familia estaba bien representada! La Familia Salesiana se ha distinguido en el Sínodo por su competencia, por su pasión y su simpatía. Muchos temas de nuestra espiritualidad se han incluido en la agenda y hemos sido tres personas de la Familia Salesiana quienes hemos colaborado directamente en la redacción del *Documento Final*. Todo el Sínodo tiene mucho de salesiano y el *Documento Final* lo refleja de muchas maneras. Sustancialmente para nosotros, Hijos de Don Bosco, este Sínodo representa casi un “Capítulo General sui generis”, construido por toda la Iglesia para el bien de los jóvenes. Creo que nuestro próximo Capítulo General vigésimo octavo, que tendrá lugar el dos mil veinte, tendrá mucho trabajo, pero en cierto sentido, una labor ya realizada por el camino eclesial de estos últimos años. De esta manera tendremos la oportunidad de profundizar las cosas, sin tener que empezar de muy lejos.

He podido participar desde el principio en el camino de preparación y he tenido el don, como Secretario Especial, de tomar parte activa en la Asamblea sinodal que ha tenido lugar del tres al veintiocho de octubre de

dos mil dieciocho. He vivido tanto “dentro” como “detrás” de la Asamblea, ofreciendo mi pequeña contribución. Tengo en el corazón el calor y la frescura de una experiencia inolvidable del Espíritu que ha dejado en mi alma un signo imborrable. La Iglesia ha intentado verdaderamente “situarse en el futuro”, como nos había invitado a hacer el papa Francisco durante la primera Congregación general del tres de octubre:

Comprometámonos a procurar “frecuentar el futuro”, y a que salga de este Sínodo no sólo un documento – que generalmente es leído por pocos y criticado por muchos–, sino sobre todo propuestas pastorales concretas, capaces de llevar a cabo la tarea del propio Sínodo, que es la de *hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretener relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo* que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos, e inspire a los jóvenes –a todos los jóvenes, sin excepción– la visión de un futuro lleno de la alegría del evangelio.

En esta conversación intentaré compartir con vosotros lo que este acontecimiento sinodal significa para nuestra Familia Salesiana. Quiero empezar presentando el *Documento final* del Sínodo, porque es el fruto del camino que se ha hecho juntos.

El *Documento final* no solo debe leerse, sino que debe estudiarse cuidadosamente, porque es un mapa actualizado con precisión y meticulosidad. En general, tiene una visión esperanzadora y positiva de los jóvenes. Considera a los jóvenes capaces de elegir, de soñar con grandes cosas, habitados por la presencia de Dios, que a veces deben ser despertados por una pastoral capaz de propuestas significativas e incisivas.

El fruto más importante del Sínodo se encuentra en el primer capítulo de la tercera parte. Porque realmente va a la “sinodalidad misionera” que concretamente significa: “Caminemos juntos con los jóvenes”. No se trata de hacer “una opción preferencial por los jóvenes”, ¡sería muy poco! Más bien es una elección de “sinodalidad”, en la cual los jóvenes, en un todo eclesial, son parte integrante y decisiva de la Iglesia. Ellos son los protagonistas. Nadie en la Iglesia es un mero “receptor”, todos tenemos algo que dar y recibir. ¡Los jóvenes han sido la clave que ha abierto las puertas de la “sinodalidad” en la Iglesia! Este es un gran resultado, una novedad del Espíritu, que hace que todas las cosas sean nuevas.

En este sentido también hablamos de “sinodalidad misionera”: es un término nuevo, profundo y simple. Afirma que la misión de la Iglesia debe partir de la calidad relacional de sus miembros, incluidos los jóvenes. Es hermoso el número ciento dieciocho del *Documento final*, donde clarifica esta visión: «La puesta en práctica de una Iglesia sinodal es el requisito indispensable para un nuevo impulso misionero. El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio». Es una declaración muy importante y llena de consecuencias para toda la Iglesia.

La elección de tener como leitmotiv el icono de los discípulos de Emaús es muy importante. Emaús ha sido señalado por la mayoría de los Padres sinodales como un referente privilegiado por ser una Iglesia importante hoy en día para los jóvenes. Las tres partes del *Documento Final* se refieren a los tres momentos del episodio. Jesús caminando con ellos, los escucha pacientemente y deja que se expresen desde su corazón confundido. Jesús anuncia y parte el pan, redirigiendo sus vidas. Los discípulos se van nuevamente y dan testimonio del encuentro con Jesús: es la historia de la Iglesia, de cada comunidad, de cada persona, de cada joven. El significado profundo de todo esto

reside en un viaje que debemos hacer juntos con los jóvenes y con Dios, y Emaús es, por lo tanto, otra imagen de la “sinodalidad misionera”.

¿Qué pasó con el Sínodo?

Entramos un poco en el evento sinodal. Durante casi todo un mes cardenales, obispos, sacerdotes, laicos y jóvenes dieron a luz casi un mes de debate sereno y constructivo, que produjo el *Documento final*. De hecho, esta es la etapa central de todo el proceso sinodal: es el momento en el que la Iglesia universal, dejándose guiar por el Espíritu del Señor y permaneciendo bajo la guía del sucesor de Pedro, vivió el momento central del proceso. Se trata de ese caminar juntos que nos hace Iglesia en la historia, es decir, sacramento de unidad de toda la humanidad.

Como dijimos, es una etapa más, pero central. Es conveniente decir de inmediato que el camino no ha terminado, sino que está destinado a continuar. A esta fase decisiva ciertamente seguirán otras: probablemente una *Exhortación Apostólica sinodal*, quizás también una *Reunión postsinodal* con jóvenes. Quizás alguna más, ahora no lo sabemos. Ciertamente, podemos afirmarlo con convicción, el Sínodo es cada vez menos un evento aislado y más un proceso vivo. Por otro lado, la misma palabra “sínodo” significa “recorrer juntos un mismo camino”; por lo tanto, se convierte cada vez más en norma de la Iglesia la necesidad no solo de encontrarse de vez en cuando, sino de caminar juntos como Iglesia. Ser una Iglesia sinodal es el signo de la comunión de los discípulos del Señor en un mundo fragmentado: verdadera profecía de fraternidad que marca la diferencia, y primera forma de apostolado en el mundo de hoy, a la que los jóvenes son particularmente sensibles.

Lo que marcó la diferencia en el Sínodo, y muchos Obispos que participaron en los Sínodos anteriores lo han atestiguado, fue la presencia de los jóvenes. Eran alrededor de cuarenta, pero su presencia resonaba en el aula de muchas maneras. No solo en el momento en que de ellos partía la aprobación de las intervenciones de los Padres (¡hicieron ruido, como el Papa Francisco esperaba!), sino porque todas sus intervenciones fueron de alta calidad: eran jóvenes preparados, que tenían algo importante que decir a los demás miembros del Sínodo. Algunas de sus intervenciones fueron de las más aplaudidas: no solo fueron conmovedoras, sino también concretas y realistas, críticas y proféticas, luminosas y con visión de futuro. Jóvenes que se han establecido como una parte viva de la Iglesia: no “hinchas” espectadores, sino personas que desean estar en el campo jugando el partido de la fe con todos. Sin los jóvenes, esta Asamblea sinodal no habría sido la misma.

También había muchas mujeres entre los jóvenes. Nunca reivindicativas, siempre positivas y propositivas, en paciente espera de una Iglesia que sepa darles espacio con mayor valentía y confianza, como se evidencia en algunos pasajes dedicados a ellas en el *Documento final*. También había obispos jóvenes, que con sus intervenciones mostraron la frescura de los pastores que viven en contacto diario con los jóvenes, compartiendo con ellos el trabajo y las esperanzas: también su palabra experiencial ha sido escuchada con atención y valorada con sabiduría.

El clima general de este mes, más allá de lo que algunos medios han tratado de decir de manera falsa, fue muy agradable: pacífico y constructivo, agradable y profundo, nunca exigente y siempre esperanzador. La presencia constante, discreta y atenta del Santo Padre ha hecho bien a todos: su disposición de intercalar tres minutos de silencio cada cinco intervenciones de los Padres, ha llevado a la Asamblea a vivir un auténtico espíritu de discernimiento. Un obispo de habla inglesa, agradeciendo al Santo Padre por esta iniciativa, pronunció estas hermosas palabras: “God is not silent in the silence”. Es una hermosa expresión: “Dios no está en silencio durante el silencio”. Es decir: ”Si realmente sabemos hacer silencio, Dios Dios podrá hacerse oír”.

Personalmente, me impresionó mucho la declaración de varios prelados convencidos de que este Sínodo era mucho mejor si lo comparaban con otros que habían vivido. De hecho, algunos de ellos venían de participar en tres, cuatro o incluso más sínodos.

Los jóvenes en el *Documento final*

En general, el *Documento final* tiene una visión esperanzadora y positiva de los jóvenes. Los considera sujetos capaces de tomar opciones, capaces de soñar con grandes cosas, habitados por la presencia de Dios, que a veces debe ser despertada con una pastoral capaz de propuestas significativas e incisivas. Una visión que no me importa llamar “salesiana”, en el sentido de que tiene sus raíces en el optimismo antropológico que proviene de San Francisco de Sales. Este santo nos ha transmitido esa capacidad de ver a Dios presente en cada hombre, incluso en el más aparentemente distante y separado de Dios. Don Bosco hizo suya esta visión, diciendo que en cada joven, incluso el más desgraciado, siempre hay un punto abierto al bien. Me parece que el *Documento final* tiene una mirada de este tipo desde el principio: no oculta las debilidades de los jóvenes, sino que profundiza en la presencia y la acción de Dios en cada uno de ellos. Así que las sombras que habitan nuestro tiempo no se esconden, existen pero no prevalecen: en cambio, gana la luz de la fe, que siempre busca el mejor camino para llegar al corazón de cada hombre, que siempre busca ese lado abierto al bien, que nunca se desespera, sino que siempre busca el modo de llevar a Dios a los jóvenes y los jóvenes a Dios.

La sinodalidad experimentada en el mes de octubre puso a los jóvenes en el centro como protagonistas del cambio. El camino realizado nos ha enseñado que no hay objetos y sujetos de la pastoral, sino que se camina juntos. Junto con la narración de Emaús, los Padres sinodales eligieron otros textos bíblicos que parecen estratégicos para comprender cuán importante es el protagonismo juvenil en nuestro tiempo.

Son dos relatos de resurrección. El primero recupera la carrera hacia la tumba de Pedro y Juan. Hablando de la sana inquietud que caracteriza la vida de los jóvenes, en el número sesenta y seis del *Documento final* se dice que “los jóvenes, en algunos aspectos, pueden estar por delante de los pastores” y también explica cómo y por qué es necesario fortalecer esas alianzas intergeneracionales que permiten a la Iglesia renovarse a sí misma:

En la mañana de Pascua, el joven Discípulo Amado llegó primero a la tumba, precediendo en su carrera a Pedro, apesadumbrado por su edad y su traición (cf. Jn 20,1-10); de la misma manera, en la comunidad cristiana, el dinamismo juvenil es una energía renovadora para la Iglesia, porque le ayuda a sacudirse la pesadez y la lentitud y a abrirse al Resucitado. Al mismo tiempo, la actitud del Discípulo Amado indica que es importante mantenerse

conectado con la experiencia de los ancianos, reconocer el papel de los pastores y no avanzar ellos solos. Así se dará esa sinfonía de voces que es fruto del Espíritu.

Para ir más lejos, con valentía, la tercera parte comienza con la carrera de la Magdalena hacia los apóstoles. Aquí también vemos muy bien que, usando este ícono bíblico, los Padres sinodales afirmaron que los apóstoles son alcanzados por un anuncio que los precede y los sorprende. Este de la Magdalena, una vez más la imagen de los jóvenes que se anticipan a pastores y ancianos, es el primer anuncio, y la tradición de la Iglesia define a esta mujer como “apóstol de los apóstoles”:

En continuidad con la inspiración pascual de Emaús, el ícono de María Magdalena (cf. Jn 20,1-18) ilumina el camino que la Iglesia quiere hacer con y para los jóvenes como fruto de este Sínodo: un camino de resurrección que conduce al anuncio y la misión. Habitada por un profundo deseo del Señor, desafiando la oscuridad de la noche, la Magdalena corre por Pedro y por otro el discípulo; su movimiento activa el de ellos, su compromiso femenino anticipa el trayecto de los apóstoles y les abre el camino. Al amanecer de ese día, el primero de la semana, llega la sorpresa del encuentro: María buscó porque amaba, pero encuentra porque es amada. El Resucitado se hace reconocer llamándola por su nombre y le pide que no lo retenga, porque su Cuerpo resucitado no es un tesoro para ser aprisionado, sino un Misterio para compartir. Así se convierte en la primera discípula misionera, la apóstol de los apóstoles. Sanada de sus heridas (cf. Lc 8,2) y testigo de la resurrección, es la imagen de la joven Iglesia que soñamos (*Documento final*, número ciento quince).

Esta visión positiva de los jóvenes es importante para nosotros, porque confirma nuestra visión salesiana. Don Bosco siempre ha querido que los jóvenes sean los protagonistas y no sólo los destinatarios de una acción educativa y pastoral. La nuestra es una espiritualidad juvenil porque está hecha con y para los jóvenes.

El verdadero Sínodo comienza ahora

La Asamblea del Sínodo ha terminado, pero el Sínodo no ha terminado en absoluto. Continúa en las Iglesias particulares, continúa en la deseada y necesaria renovación de nuestra pastoral. Del 3 al 28 de octubre hubo un gran momento de comunión en la Iglesia: el Espíritu del Señor ha soplado, confirmando lo que se está haciendo bien y abriendo nuevos caminos para la comunión y la misión.

Se ha elaborado un *Documento final* amplio y articulado, que debe hacer bien a nuestro corazón. Un texto que ningún pastor, ministro o educador puede dejar pasar con superficialidad, porque contiene reflexiones, profecías y líneas de acción para una renovada práctica pastoral con y para los jóvenes. Debe convertirse para todos en objeto de estudio, reflexión, análisis, comparación, verificación y reactivación.

Por encima de todo, nadie debe pensar que el Sínodo está terminado. Es un proceso de conversión pastoral y misionera que continúa en la Iglesia. Se han identificado nuevos horizontes, en primer lugar el de “sinodalidad”, que en pocas palabras invita a la Iglesia a caminar junto con los jóvenes: esta adquisición se basa en la certeza de que cada persona bautizada tiene algo que ofrecer y algo que decir a los demás. La sinodalidad es el nombre eclesial de participación: no es “democraticismo” ni parlamentarismo, porque la verdad no se somete a votación y no se decide a mano alzada, sino que debe reconocerse en comunidad con alegría y humildad. En un momento de crisis de las democracias a todos los niveles, no estamos llamados a ser en la Iglesia anónimos “ciudadanos” destinatarios de derechos más o menos adquiridos, sino más bien “bautizados”

ungidos por el Espíritu de santidad, y testigos, parte viva de un Cuerpo al que estamos llamados a animar en comunión con sus demás miembros. Somos Iglesia desde el momento en que nos ponemos de acuerdo para escuchar al Espíritu: todos estamos llamados a recibir y hacer nuestras las llamadas del Señor, presente y activo en la historia. En el mes de octubre se trabajó así, según el método de discernimiento espiritual en tres etapas (reconocer, interpretar, elegir): esta forma de caminar ya no es opcional, sino que debe convertirse en el *habitus* de cada comunidad cristiana, de cada comunidad religiosa, de todas las diócesis, de todas las conferencias episcopales y de la Iglesia universal.

Reconozcamos firmemente que cada persona bautizada es un “lugar teológico”, especialmente los pequeños y los pobres. No en vano los jóvenes han sido reconocidos desde el principio como una realidad desde la cual Dios habla, desde la cual Dios lanza sus llamadas a la conversión:

De hecho, creemos que incluso hoy en día Dios habla a la Iglesia y al mundo a través de los jóvenes, su creatividad y su compromiso, así como sus sufrimientos y sus solicitudes de ayuda. Con ellos podemos leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos; esta es la razón por la que los jóvenes son uno de los "lugares teológicos" en los que el Señor nos da a conocer algunas de sus expectativas y desafíos para construir el mañana (*Documento final*, número sesenta y cuatro).

Por eso el Sínodo es un proceso que continúa. Al final de la Asamblea sinodal, el Santo Padre dijo que el *Documento final* debe entrar en nuestros corazones, debe hacernos bien a cada uno de nosotros, debe ponernos en movimiento. No es el documento lo que cuenta, sino lo que podrá producir en nuestro corazón, en nuestra mente y en nuestras manos.

Una gran oportunidad para la renovación

El Sínodo continúa siendo para toda la Iglesia una gran ocasión. Pero ¿para hacer qué? ¿A qué nos llama este acontecimiento que el Espíritu ha sugerido a la Iglesia? ¿A dónde nos quiere llevar?

Ante todo, nos llama a *renovar el entusiasmo*. Escuchar a los Padres sinodales, provenientes de contextos de minoría católica y de persecución, hablar con alegría de su fidelidad a Cristo ha sido conmovedor para muchos. Por lo general, nosotros europeos vivimos en un clima eclesial a veces pesimista, poco esperanzado, a veces reivindicativo e incluso triste. Un cristianismo sin alegría resulta sin vitalidad, un cristianismo sin esperanza es incoloro, un cristianismo sin ardor está destinado al fracaso. También los jóvenes presentes no han dejado de decírnoslo con verdad y respeto. Tenemos necesidad de una palabra que nos caliente el corazón, porque solo un corazón verdaderamente habitado por el fuego vivo de la fe puede iluminar la inteligencia y hacer que nuestras manos se muevan.

El Sínodo nos invita a *caminar juntos*. La experiencia sinodal nos ha devuelto el gran deseo de ser Iglesia, los jóvenes nos han dicho en alta voz que no quieren caminar por su cuenta, sino ser parte viva de la comunidad eclesial. ¡No es posible rejuvenecer la Iglesia sin la presencia de los jóvenes en ella! No es posible ser creíbles sin vivir juntos la profecía y la mística de la fraternidad. Los jóvenes, en último término, han sido para nosotros

la clave para descubrir la “sinodalidad misionera” de la Iglesia, donde todos, en virtud del bautismo, están habitados por el Espíritu y, por ello, son sujetos activos y responsables de la misión.

En tercer lugar, el Sínodo nos empuja a *reactivar el pensamiento*. Nos hemos dado cuenta de que muchos jóvenes se han alejado de la Iglesia porque ella no está en situación de ofrecer razones para su esperanza en un nuevo contexto cultural y social. Los grandes cambios que se están dando son una llamada urgente a reelaborar la propuesta cristiana de modo adecuado, a vivir una renovada inculturación de la fe en nuestro tiempo. En el fondo, se trata de la tarea que nos ha confiado el Concilio Vaticano II, que ha alimentado el deseo de insertar a la Iglesia en el corazón del mundo contemporáneo, de modo que sea sal, luz y levadura. Para lograr esto no bastan buenas intenciones o una animación genérica, sino que es necesaria una reflexión profunda a partir de la verdad del Evangelio, que siempre está al servicio de la vida plena y abundante de los hombres que existen en un determinado tiempo y lugar.

Es lógico que el Sínodo sobre los jóvenes sea una llamada a *habitar el mundo de un modo nuevo*. Ha sido interesante que, en la discusión sinodal, algunos padres proponían como imagen bíblica fundamental del *Documento final* la del “joven rico”, insistiendo en el hecho de que los jóvenes tienen necesidad de “instrucción” sobre cómo entrar en la vida eterna. La gran mayoría de los padres, en cambio, han propuesto la imagen de los discípulos de Emaús, insistiendo en el hecho de que es necesario, antes de “instruir” a los jóvenes, “caminar” con ellos. La opción ha sido clara y ha sido después acogida por todos: antes de “hablar a los jóvenes”, es necesario “hablar con los jóvenes”, dando prioridad a la conversación, al compartir, a la familiaridad y a la confianza. Es decir, partiendo de una clara y decidida cercanía. ¡La Iglesia es “madre y maestra”: no puede ser maestra si antes no es madre!

En quinto lugar, el itinerario sinodal en su conjunto es una llamada a *verificarse con humildad*. Una de las cosas que me ha llamado la atención de los trabajos sinodales ha sido el ambiente general de humildad que se ha creado. En principio, ninguno de los Padres sinodales ha llegado “con la receta preparada” o con la “solución prefabricada” a las cuestiones planteadas por el *Instrumentum laboris*, que, por otra parte, ha sido apreciado sustancialmente como fotografía realista de la situación cultural, social y eclesial actual. Nadie ha intentado imponer con arrogancia su propio punto de vista, sino que todos han realizado una tarea de discernimiento. Han reconocido lo que no funciona, han ofrecido elementos de reflexión, han propuesto caminos y compartido buenas prácticas. Han pedido, sobre todo, una verificación eclesial, seguros de que muchas veces el problema no son los jóvenes, sino la incapacidad de la Iglesia en su conjunto de ser una presencia profética en el mundo contemporáneo.

Finalmente, el Sínodo nos ha pedido un *relanzamiento valiente de la pastoral con y para* los jóvenes. Ha indicado caminos, el primero de todos el de asumir toda nuestra acción pastoral, y en particular la juvenil, en clave vocacional. Ha pedido no tener miedo de arriesgar caminos nuevos, porque en un tiempo de “cambio de época”, hacer pastoral según el “siempre se ha hecho así” se convierte en algo irreal, infecundo e incluso ridículo. Nos lanza hacia una confianza renovada frente a las nuevas generaciones, que son portadoras de dones siempre nuevos: solo a través de ellos será posible rejuvenecer la Iglesia. El Sínodo ha reconocido el valor de

aquella sana inquietud que no nos deja sentarnos aburridos en el sofá, sino que nos invita con valor a salir. No deja para el último lugar el impulso hecho a todos para vivir la propia vocación mirando a la santidad, que es en verdad la llamada universal a ser dignos de los dones que hemos recibido y hacerlos fructificar para el bien de todos.

Llamados a partir de nuevo con alegría

Como Familia Salesiana, nos sentimos en camino con la Iglesia para los jóvenes según el espíritu de Don Bosco. Me gustaría concluir afirmando con firmeza que somos una familia y que debemos ofrecer a los jóvenes una experiencia familiar. Estamos llamados a mostrar el rostro familiar de una Iglesia que sirve. A partir de las solicitudes de los jóvenes, me parece que son dos los rasgos de la comunidad eclesial por los que resulta para ellos creíble y profética. Por un lado su índole familiar; por otra, su actitud de servicio generoso.

Antes que nada es bueno detenerse en el rostro familiar de la Iglesia. Una Iglesia tendencialmente jerárquica, institucional y burocrática alejada, mientras una Iglesia que se muestra madre, familia y casa de misericordia cercana:

Se refieren a estilos de relación, donde la familia actúa como una matriz de la propia experiencia de la Iglesia, a modelos formativos de naturaleza espiritual que tocan los afectos, generan lazos y convierten el corazón; a procesos educativos que se involucran en el difícil y entusiasta arte del acompañamiento de las jóvenes generaciones y de las mismas familias; a la cualificación de las celebraciones, porque en la liturgia se manifiesta el estilo de una Iglesia convocada por Dios para ser su familia. [...] Ayudar a los jóvenes a unificar su vida continuamente amenazada por la incertidumbre, la fragmentación y la fragilidad es hoy decisivo. Para muchos jóvenes que viven en familias frágiles y perjudicadas es importante que perciban la Iglesia como una verdadera familia capaz de “adoptarlos” como hijos propios (*Instrumentum laboris*, número ciento setenta y ocho).

Es muy significativa la idea de la Iglesia como familia de adopción para los jóvenes sin familia y para los jóvenes que no sienten pertenencia alguna. Es un desafío para afrontar con valentía el de ser casa para muchos y madre para todos. Recordemos que al principio de nuestra espiritualidad salesiana está Don Bosco, que creó una familia para acoger a los jóvenes sin familia.

Por último, ha sido bien acogido y desarrollado por parte de muchas Conferencias Episcopales y jóvenes la unión estratégica entre servicio generoso y discernimiento vocacional. Los números ciento noventa y cuatro y ciento noventa y cinco del *Instrumentum laboris*, en los que se pide a la comunidad cristiana “acompañar a los jóvenes hacia el don gratuito de sí”, se dan puntualmente cuenta, valorando positivamente e incentivando la “cultura de la gratuidad” de la que tenemos verdaderamente necesidad en nuestro mundo y en nuestro tiempo:

Numerosas experiencias presentadas al final de las respuestas al cuestionario del *Documento Preparatorio* hacen referencia a prácticas en las que los jóvenes están acompañados en la lógica de una “fe en acción” que se realiza en el servicio de la caridad. Una Iglesia que sirve es una Iglesia madura que atrae a los jóvenes, para que testimonie su vocación a la imitación de Cristo que «siendo rico se hizo pobre por nosotros» (2Cor 8,9).

En las respuestas de muchas Conferencias Episcopales ha sido bien acogida y desarrollada la conexión expresada en varios párrafos del *Documento Preparatorio* entre experiencias de servicio gratuito y discernimiento vocacional. Los mismos jóvenes destacan que «periodos de tiempo a menudo en servicio con movimientos y asociaciones caritativas otorgan a los jóvenes una experiencia de misión y un espacio donde practicar el discernimiento» (*Reunión presinodal*, 15).

Son muchos, en el cuestionario *online*, los testimonios de jóvenes que han redescubierto la vida de fe gracias a experiencias de servicio y al contacto con la “Iglesia que sirve” (*Instrumentum laboris*, n. 195).

El voluntariado, en sus formas variadas, es un espacio importante a valorar para hacer crecer junto a los jóvenes esa civilización del amor que el magisterio eclesial de estos últimos decenios no cesa de invocar.

He aquí un resumen de la Familia Salesiana: una familia que sirve; una familia comprometida con el bien de los jóvenes. Es la idea de la “sinodalidad misionera”: caminar juntos en el servicio de los jóvenes, creando comunión y generando un futuro.

Me parece, para concluir, que el camino sinodal nos llama a ponernos en movimiento con valentía y ardor. Y nos ofrece todos los elementos para poderlo hacer. Estamos seguros de que, como nos dijo el Papa en el Ángelus del veintiocho de octubre de dos mil dieciocho,

Los frutos de este trabajo ya están fermentando, como hace el zumo de la uva en los barriles tras la vendimia. El Sínodo de los jóvenes ha sido una buena vendimia y promete buen vino. Pero quisiera decir que el primer fruto de esta Asamblea sinodal debe estar precisamente en el ejemplo del método que se ha intentado seguir desde la fase preparatoria. Un estilo sinodal que no tiene como objetivo principal la elaboración de un documento, aunque sea precioso y útil. Más importante que el documento es, sin embargo, que se difunda *un modo de ser y de trabajar juntos* jóvenes y ancianos, en la escucha y en el discernimiento para llegar a elecciones pastorales que respondan a la realidad.

Os agradezco vuestra disponibilidad, vuestra atención y vuestra escucha.

¡Muchas gracias!